

Cuaderno Central:  
(Selección de poemas  
de Antonio Gamoneda)



*En la quietud de madres inclinadas sobre el abismo.*

*En ciertas flores que se cerraron antes de ser abrasadas por el  
infortunio, antes de que los caballos aprendieran a llorar.*

*En la humedad de los ancianos.*

*En la sustancia amarilla del corazón.*



José Javier LACALLE (Laka)

TRAS asistir a la ejecución de las alondras has descendido aún hasta encontrar tu rostro dividido entre el agua y la profundidad.

Te has inclinado sobre tu propia belleza y con tus dedos ágiles acaricias la piel de la mentira:

ah tempestad de oro en tus oídos, mástiles en tu alma, profecías...

Mas las hormigas se dirigen hacia tus llagas y allí procrean sin descanso y hay azufre en las tazas donde debiera hervir la misericordia.

Es esbelta la sombra, es hermoso el abismo:

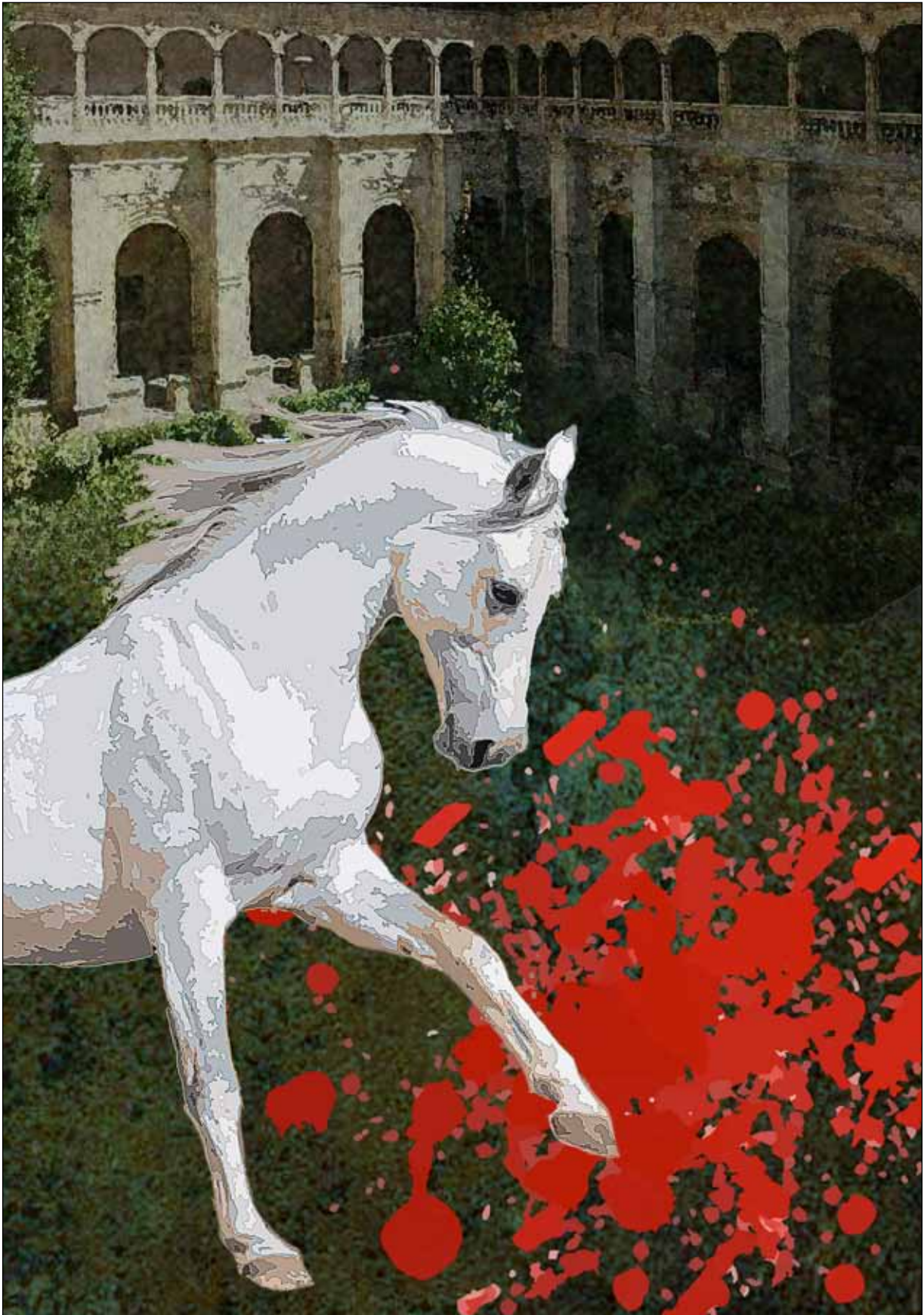
ten cuidado, hijo mío, con ciertas alas que rozan tu corazón.



José Javier LACALLE (Laka)

DIOS y su máscara. Oyes a los insectos que se alimentan en tu alma  
y, de pronto, un árbol dice su clamor y arde la lengua del olvido  
y todo acaba en transparencia, en formas cuya verdad no se concede  
hasta que las espumas queman el corazón de hombres desconocidos y  
los caballos hablan de aquella sangre, de aquel aire extinguido en los  
patios de España,  
de aquella tierra sin descanso,  
de aquel olvido lleno de sangre.

*(Delación del verano)*

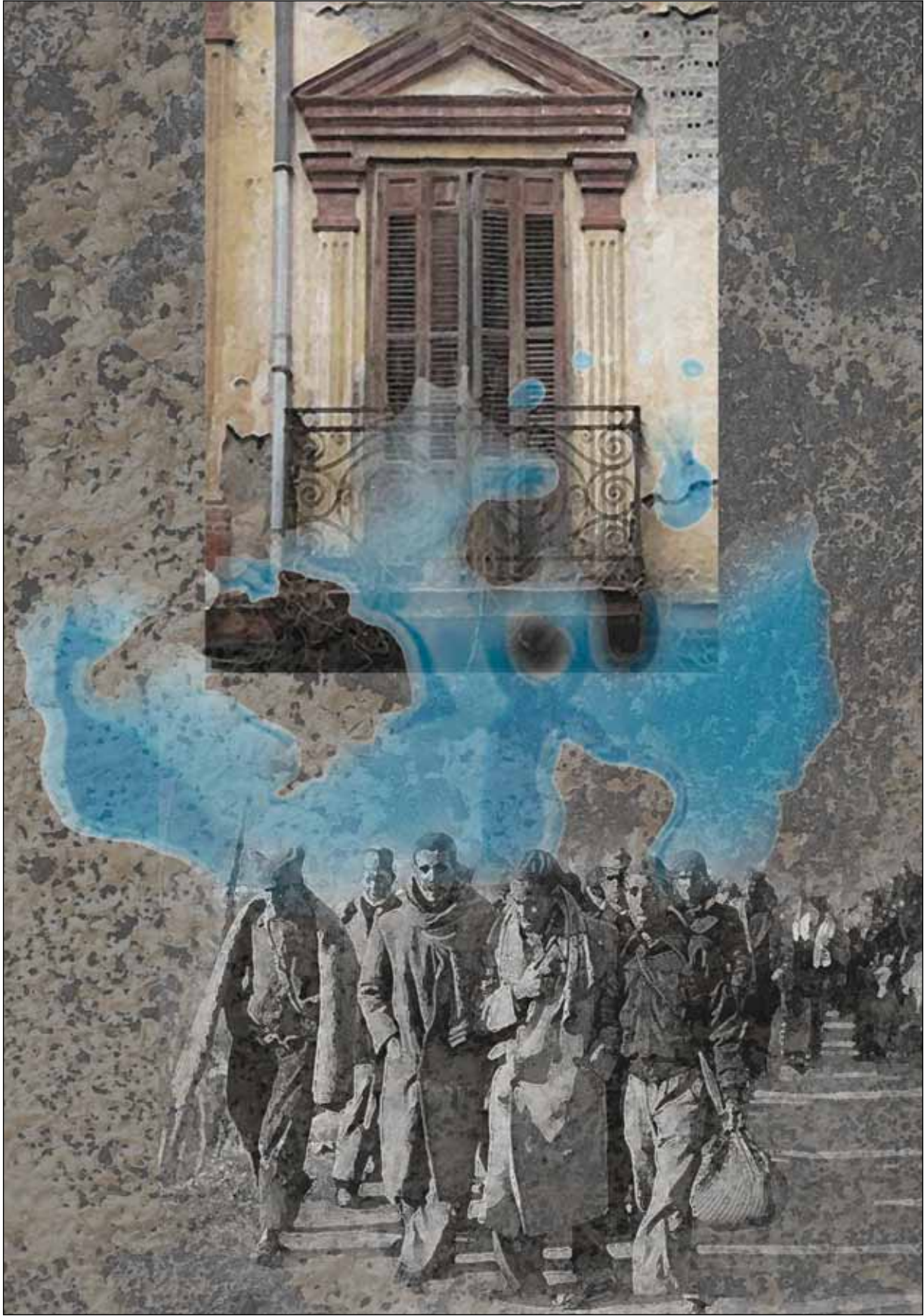


José Javier LACALLE (Laka)

DESDE los balcones, sobre el portal oscuro, yo miraba con el rostro pegado a las barras frías; oculto tras las begonias, espiaba el movimiento de hombres cenceños. Algunos tenían las mejillas labradas por el grisú, dibujadas por gruesas tramas azules; otros cantaban acunando una orfandad oculta. Eran hombres lentos, exasperados por la prohibición y el olor de la muerte.

(Mi madre, con los ojos muy abiertos, temerosa del crujido de las tarimas bajo sus pies, se acercó a mi espalda y, con violencia silenciosa, me retrajo hacia el interior de las habitaciones. Puso el dedo índice de la mano derecha sobre sus labios y cerró las hojas del balcón lentamente.)

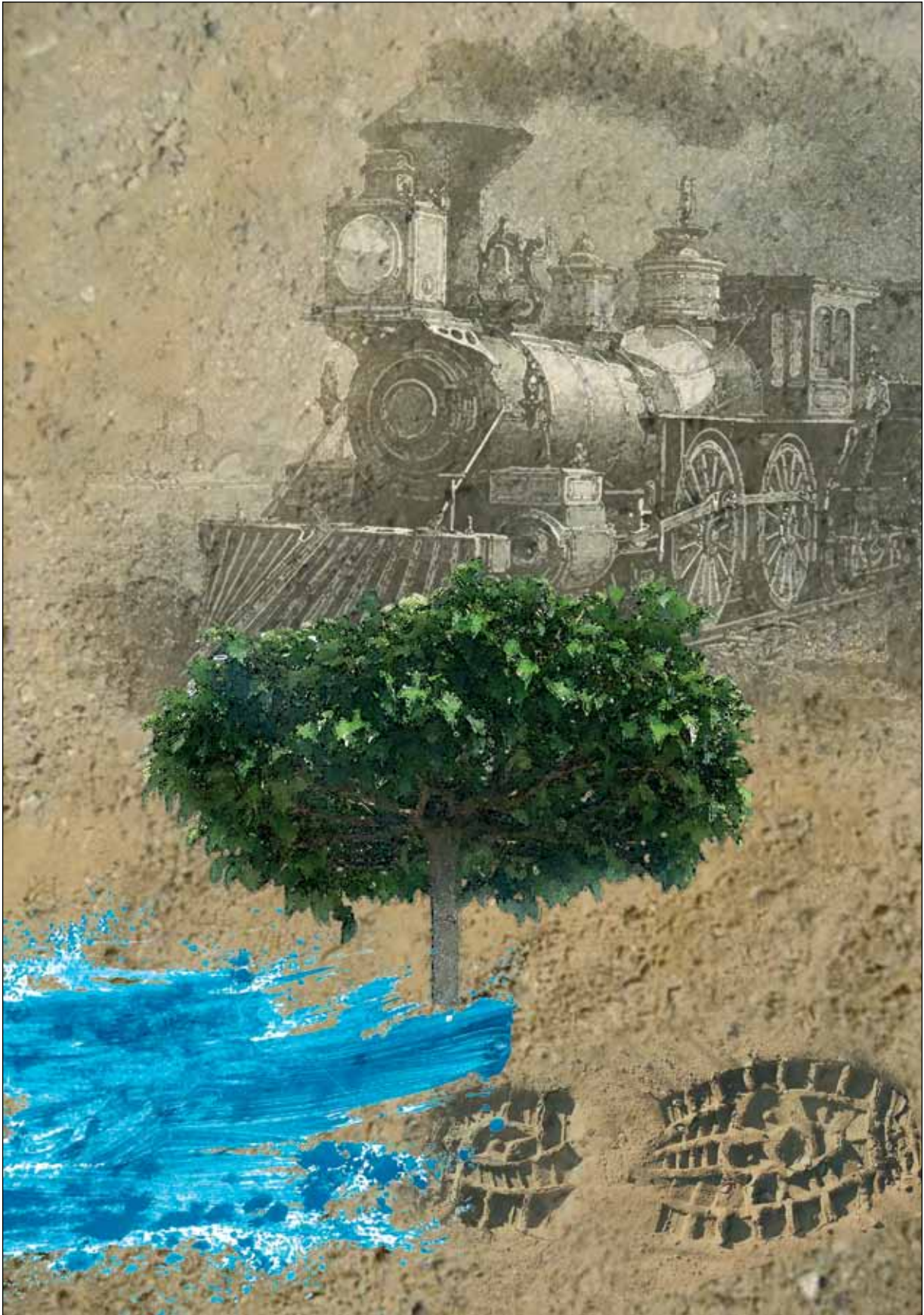




José Javier LACALLE (Laka)

LOS jueves por la tarde se cerraba la escuela y los chiquillos nos reuníamos para una expedición prohibida que se iniciaba sin concluir nunca; quiero decir que nunca llegó a alcanzar el gran árbol prometido, un moral de dulcísimos frutos negros. Pero nosotros íbamos. Atravesábamos las ortigas. En las acequias desecadas había sombra y pedernales, y, en ciertos sitios, herramientas, huellas de labradores enviados por sus madres a territorios innombrables, lejos de la virtud de los fielatos, que entonces eran habitación de los espías.

Pasaban trenes en la tarde y su tristeza permanece en mí.



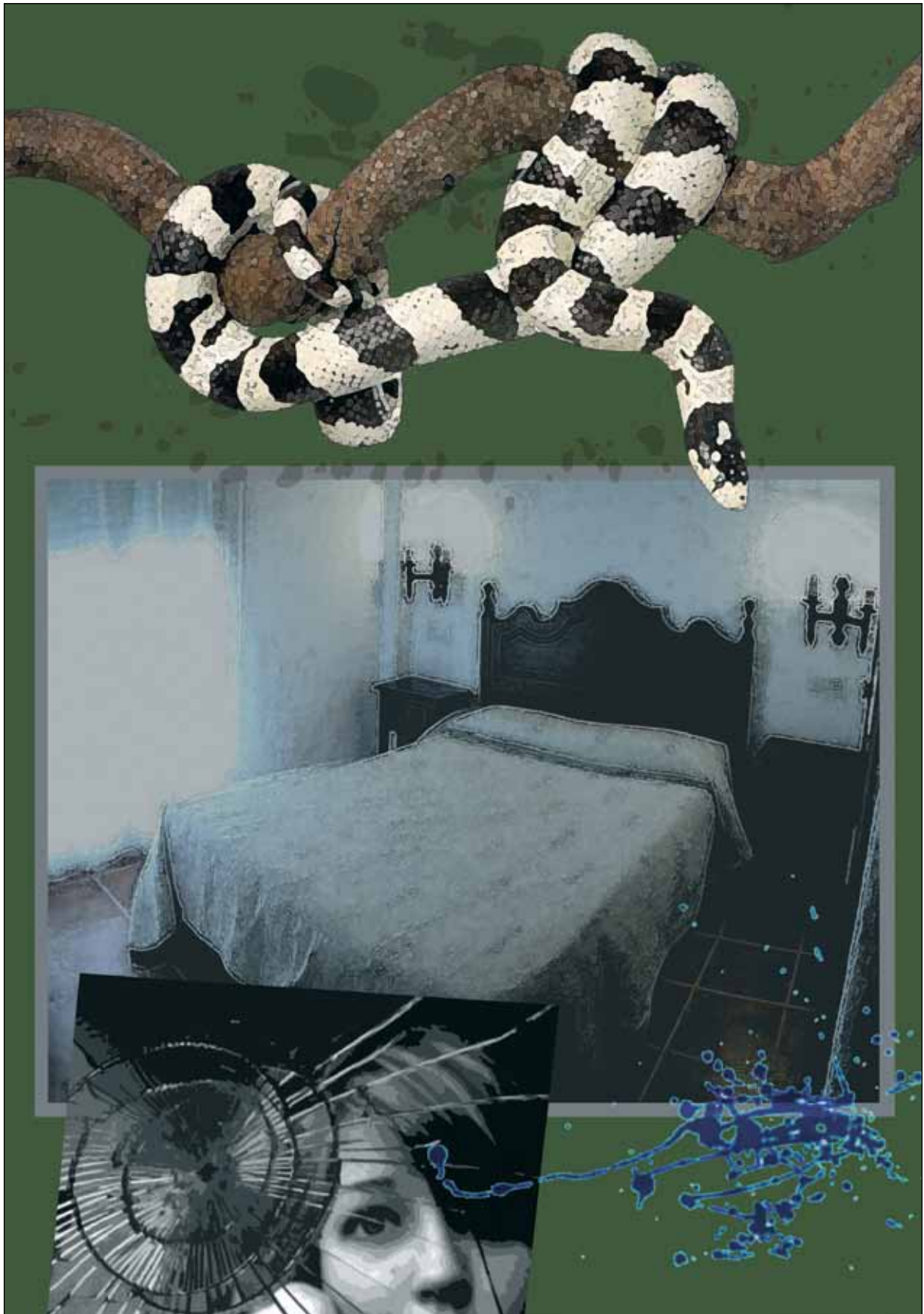
José Javier LACALLE (Laka)

CONVOCADA por las mujeres, la madrugada cunde como ramos frescos: cuñadas fértiles, madres marcadas por la persecución. Hay un friso de ortigas en el perfil de la mañana; lienzos retorcidos en exceso por manos encendidas en la lejía y la desesperación.

Y vino el día. Era un rumor bajo los párpados y era el sonido del amanecer. Agua y cristal en los oídos infantiles. Llegan una gente traslúcida y sus canciones humedecen las maderas del sueño, humedecen la madera de los dormitorios cerrados a la esperanza.

Siento las oraciones, su lentitud, como serpientes bellísimas que pasarán sobre mi corazón.

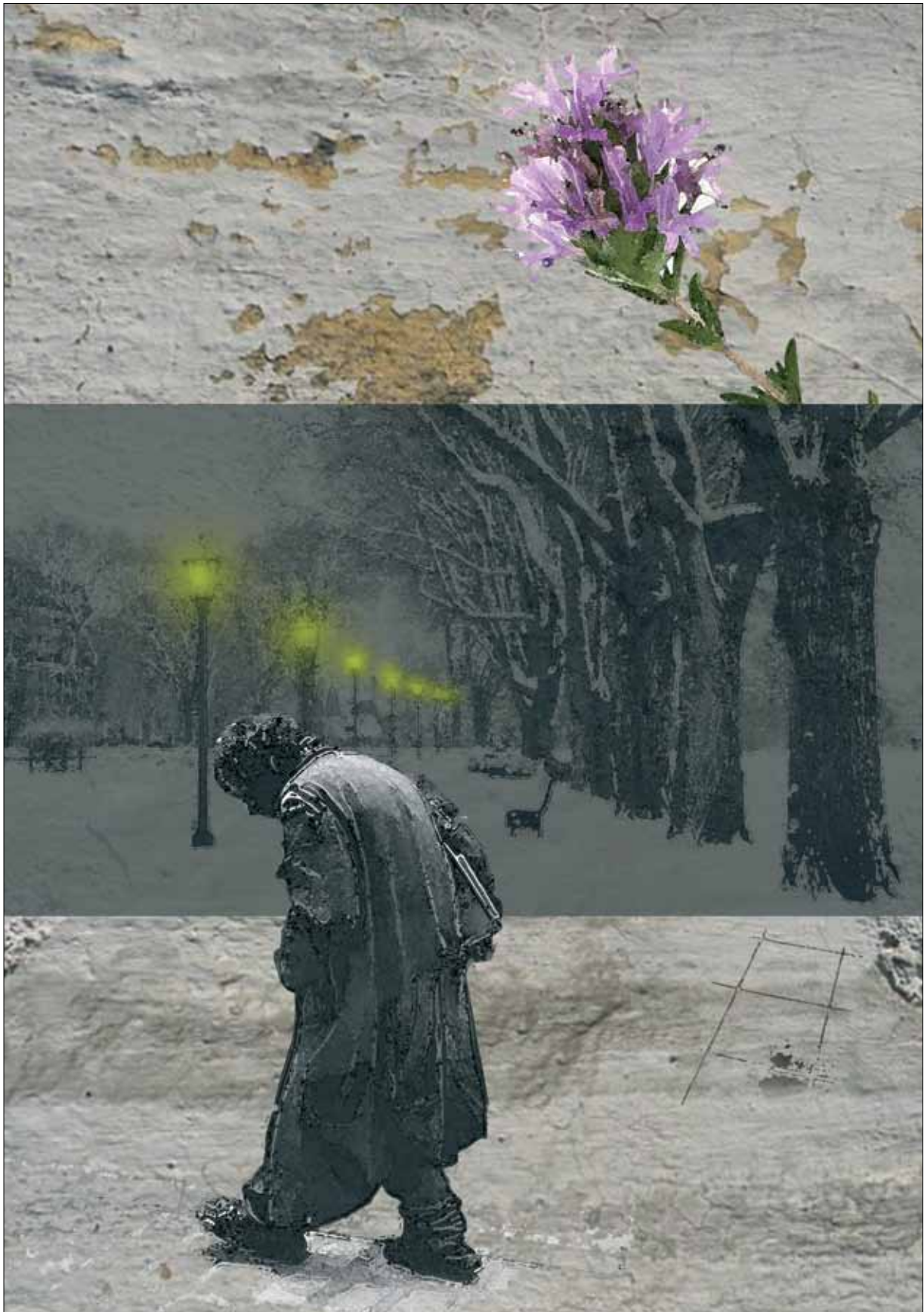
(Era el rosario de la aurora en los márgenes de la pureza proletaria, ante los huertos abrasados por los ferrocarriles y los vientos.)



José Javier LACALLE (Laka)

DE SUS labios manaba una sonrisa incierta y pequeñas palabras que extraían torpemente del corazón. Descendían a la ciudad y en sus manos hervían la suciedad y la ternura. Lentos en la ebriedad, con la luz del desprecio sobre sus rostros, regresaban en los atardeceres. Atravesaban, tras un cinturón de escoria y tomillo, el vertedero de los hospitales.

Sucedieron semanas. La ciudad era hermosa frente a las hogueras del otoño (oro y silencio en el perfil del río), pero las semanas son negras en los ojos de los mendigos. Como un manto mortal, cayo el invierno sobre sus cuerpos.



José Javier LACALLE (Laka)

## Sobre la máquina del llanto

Una cinta de acero enloquecido entra en sí misma y sale de sí misma. Hiende las osamentas, dispersa los residuos, roe las pértigas, enardece los látigos, decapita los bronces. Baja a las celdas del óxido. Regresa a los anillos. Descansa. Pesa el silencio. No. Nada es verdad. A no ser, únicamente, acaso, el furor de las cintas, pero

la realidad anuncia su mentira. ¿Qué  
es una mentira en  
las entrañas del acero?

Descienden  
cabellos desprendidos de la ira.  
Desciende  
la incandescencia volcánica.

¿Quién vierte llamas y cabellos sobre la sed de las serpientes?

¿Qué es este nudo, esta  
mecánica arterial, esta  
tortura silvestre? No  
hay salvación. No hay  
clemencia, no hay  
frutos ni sombras en  
la selva de acero.

¡Ah de los nudos, ah de las serpientes!

Un ser sin pensamiento induce el delirio de las cintas. ¿Quién? ¿Es ésta la pasión inversa que se deduce de la imposibilidad? ¿Es apenas una inclemencia digital? No sé. No me contestes. No hay nada que decir ni comprender. Ver, sólo ver, esta belleza cruel. Su viscera, su dentadura cónica, su vértigo.

Aún y para siempre, sólo la mentira es verdad. Cierro  
mis ojos.

(Inédito)

---

Nota: La expresión "belleza cruel" se corresponde con el título de un libro de Ángela Figuera Aymerich.